



La acción comunitaria en el proyecto Amunt.

“Un relato metodológico”.

INTRODUCCIÓN: **PROYECTO AMUNT**

03

PARTE 1: **EL CAMINO HACIA LA CONFIANZA**

Crear un grupo en un espacio de referencia y vincularlo a este

07

PARTE 2: **QUE EL REFUGIO NO SEA UN INVERNADERO**

Mejorar el arraigo territorial

15

PARTE 3: **SEMBRAR ESPERANZA**

Mejorar la capacidad de autoorganización

21

MÁS ALLÁ DEL PROYECTO: **ALGUNAS REFLEXIONES**

25

Este relato del itinerario de participación comunitaria del Proyecto arriba! ha sido elaborado por Laura Tomàs Canalís, Julia Miró Batlle y Andrés González Rojas de la Dirección de Servicios de Acción Comunitaria.

Ayuntamiento de Barcelona

Septiembre de 2023



PROJECTE amunt!

Avancem amb tu
cap a noves
oportunitats

¿Qué es el proyecto “Amunt!”?

El proyecto “Amunt!” es una iniciativa que nace de un convenio entre el Ayuntamiento de Barcelona y el Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones. Se trata de una prueba piloto de un modelo de inserción sociolaboral y comunitaria dirigido a personas de la ciudad de Barcelona que reciben el ingreso mínimo vital (IMV) y que pretende tener un impacto positivo en sus vidas en ámbitos como la inserción laboral, el bienestar emocional, las relaciones sociales o la participación comunitaria.

El proyecto se despliega a partir de varios equipos de trabajo que desarrollan las líneas de apoyo del proyecto: seguimiento social, formativo, laboral y comunitario. Para evaluar su impacto, las personas participantes en el proyecto están divididas en dos grupos: un grupo de control, que no recibe ninguna de las líneas de apoyo, y un grupo de tratamiento, al que se ofrece todo ese apoyo personalizado. El periodo de intervención con las personas asignadas al grupo de tratamiento ha sido de doce meses, de setiembre del 2022 a setiembre del 2023.

La acción comunitaria del proyecto “Amunt!”

Desde la parte comunitaria del proyecto “Amunt!” se ha ofrecido a todas las personas participantes espacios de encuentro grupal en casales de barrio y centros cívicos, con la intención de potenciar los vínculos y fortalecer, así, el sentimiento de comunidad y la capacidad de autoorganización. Hemos planteado tres objetivos que, en cierto modo, coinciden con las tres fases de desarrollo de los grupos:

1. **Crear un grupo en un espacio de referencia y vincularlo a este:** el camino hacia la confianza.
2. **Mejorar el arraigo territorial:** que el refugio no sea un invernadero.
3. **Mejorar la capacidad de autoorganización:** sembrar esperanza.

A continuación, explicaremos cómo se han llevado a cabo estas etapas y qué se ha trabajado en cada una. Como el desarrollo no ha sido nunca lineal, sino que los tres objetivos se han ido alimentando y sobreponiendo unos sobre otros, este no es un relato de progreso: no todos los grupos han evolucionado del mismo modo ni han pasado por las tres fases u objetivos planteados. En total, se han dinamizado doce grupos con las personas participantes divididas por distritos:

- **Nou Barris norte** (Ciutat Meridiana, Vallbona, Torre Baró, Canyelles y las Roquetes): Casal de Barrio Torre Baró
- **Nou Barris sur** (la Prosperitat, el Verdun, la Guineueta, Porta, el Turó de la Peira, Can Peguera y Vilapicina i la Torre Llobeta): Centro Cívico Torre Llobeta
- **Franja Besòs** (el Bon Pastor, Baró de viver y la Trinitat Vella): Centro de Vida Comunitaria / Centro Cívico Trinitat Vella
- **Sant Andreu** (Sant Andreu, Navas, la Sagrera y el Congrés i els Indians): Casal de Barrio Torre de la Sagrera
- **Gràcia y Sarrià:** Espacio Joven La Fontana
- **Sants-Montjuïc y les Corts:** la Lleialtat Santsenca
- **Horta-Guinardó:** Casal de Barrio Font d'en Fargues
- **Ciutat Vella:** Casal de Barrio del Raval
- **L'Eixample:** Casal de Barrio Espai 210
- **Sant Martí este** (Provençals del Poblenou, el Poblenou, la Vila Olímpica, Diagonal Mar): Casal de Barrio del Poblenou
- **Sant Martí oeste** (la Verneda i la Pau, el Clot, el Camp de l'Arpa, Sant Martí de Provençals, el Besòs i el Maresme): Casal de Barri La Pau
- **Grup d'Homes:** local de Impulsem en Ciutat Vella



PARTE 1:

EL CAMINO HACIA LA CONFIANZA

Crear un grupo en un espacio de referencia y vincularlo a este

La vida, sin nombre, sin memoria, estaba sola.
Tenía manos pero no tenía a quien tocar.
Tenía boca, pero no tenía con quién hablar.
La vida era una, y siendo una era ninguna.
Entonces el deseo disparó su arco.
Y la flecha del deseo partió la vida al medio, y la vida fue dos.
Los dos se encontraron y se rieron.
Les daba risa verse, y tocarse también.

Eduardo Galeano

El espacio de referencia comunitario es un espacio semanal de dos horas de duración para encontrarse con otros participantes del proyecto. La premisa inicial pretende romper con la idea de que las profesionales ya saben lo que necesitan las personas y, por eso mismo, no se parte de un programa de actividades preestablecido, sino que se facilitan y potencian los vínculos personales para construirlo juntas a medida que identificamos las necesidades y los potenciales de cada grupo. En estos encuentros, las educadoras del Servicio de Acción Comunitaria trabajamos bajo la guía de las profesionales del equipo de atención social del proyecto, que se encargan de la atención y el seguimiento individual a las personas, pero que también participan en la gestión del grupo.

1.1. El camino hacia la confianza

El primer paso para construir un espacio de confianza es prestar una atención especial al calor de la acogida: se trata de animar a las participantes a través de llamadas o mensajería instantánea, de dedicar el tiempo previo a las sesiones a tomar café de una manera distendida, de disponer las sillas en forma de círculo para poder vernos bien las caras, etcétera.

Aunque en la convocatoria insistimos en que se trata de una actividad totalmente voluntaria y las animamos a venir a probar y decidir si les interesa, en las primeras sesiones la gente llega nerviosa y con grandes dosis de escepticismo, y hay que insistir en que la no participación en ningún caso alterará la percepción del ingreso mínimo vital (IMV).

Muchas participantes llegan a los grupos sin tener muy claro en qué consiste el proyecto ni qué hace cada profesional, y por eso es necesario situar a la gente y aclararles qué pueden esperar de todos los itinerarios que “Amunt!” les ofrece. El esfuerzo pedagógico de las primeras semanas hace que, seguramente, pese a la incertidumbre sobre qué forma cobrará todo, las personas que van viniendo a los encuentros se sientan más ubicadas y más como una parte del proyecto, y tengan más capacidad para valorar qué les puede aportar, decidir dónde quieren poner la energía y qué quieren sacar.

La construcción del espacio no está exenta de dificultades. Durante las primeras sesiones muchas participantes exponen malas experiencias en su relación con la Administración, situaciones en las que se han sentido poco acompañadas o directamente engañadas, víctimas de maltrato institucional. Este hecho explicaría el recelo inicial hacia el planteamiento que les hacemos, basado en la voluntariedad y el compromiso. En esta línea, al final del 2022, en la fase inicial de creación de grupos, hubo una actualización del IMV por parte de la Seguridad Social que alteraba las cantidades mensuales de muchas participantes, y la primera reacción fue culpar al proyecto “Amunt!” de estos cambios. Nos tocó volver a explicar que todas estas cuestiones no tienen ninguna relación con su participación en el proyecto.

Las personas que se animan a participar en los encuentros semanales también afrontan el reto que supone socializar con gente desconocida después de la pandemia y abrirse a compartir cosas con otras personas. Los encuentros grupales, precisamente, hacen que constaten que no están solas, que no son las únicas que pasan por un momento complicado, y que expresarlo y compartirlo les da fuerza.

“Al principio muchos veníamos porque pensábamos que nos quitaban la ayuda si no veníamos. El Proyecto Amunt era sinónimo de la ayuda: si no vas te la quitan. Pero luego nos dimos cuenta que no y cuando nos íbamos del grupo estábamos contentos, felices, alegres...”.

Gloria, de Baró de Viver

“Me ha gustado la libertad de poder elegir. En el sentido de que si no puedo venir no es un problema, que no es obligado. No es como si fuera una escuela o una receta que se tiene que aplicar estricta y ya está (...) He estado en otros proyectos donde todo era impuesto”.

Ernesto, de Les Corts

“Yo estaba muy estancada por la depresión, necesitaba un pequeño empuje para salir de casa, aquí lo he tenido, pero no me he sentido presionada si después no podía (...) Un sitio donde no sentirme juzgada o forzada, pasar un ratito para cortar la rutina y los malos pensamientos”.

Natalia, de Sants

1.2. Mandar obedeciendo

La acción comunitaria no la hemos inventado nosotras: forma parte del hecho mismo de vivir en sociedad. Nuestro papel es, por lo tanto, reconocer la experiencia que la gente ya tiene y hacerla crecer; con este objetivo hemos incentivado la conexión de las personas con lo que saben hacer y lo que pueden aportar a las demás, convencidas de que cada persona es clave para el grupo, que todo el mundo tiene algo por aportar que puede enriquecerlo.

Vivimos en un sistema feroz que pone las necesidades productivas por delante de las reproductivas y que deja al margen a las personas que, por el motivo que sea, no trabajan, están enfermas o se dedican a los cuidados. Estar fuera del mercado laboral a menudo hace que la persona se sienta excluida y con poca autoestima, con la sensación de que lo que hace no tiene valor. Poner énfasis en los vínculos implica reconocer los cuidados y todo el trabajo reproductivo como una parte fundamental para el sostén de la vida, y permite destacar todas las habilidades, los saberes y los conocimientos que tienen que ver con la experiencia.

Después de haber vivido una situación personal complicada, reconocer las habilidades y las potencialidades propias es clave para mejorar la confianza y volver a conectar con tu parte más creativa y poderosa. En este sentido, ha habido varias participantes que han compartido sus talentos con el resto de los grupos: Marlen, por ejemplo, nos impartió un taller de yoga para dar la bienvenida a la primavera; Jorge organizó un taller de retrato; Antoni nos ofreció un taller de papiroflexia; Ainec cocinó *pakora*; Nassira, tajín; Jaime, unas tortillas... Si tuviéramos que citar a todas las personas que han compartido un pedacito de ellas mismas con las demás, no acabaríamos.

Pero ¿dónde queda el papel de la educadora en todo eso? Desde el principio, hemos tratado de crear un ambiente de libertad, un espacio horizontal donde todas las participantes seamos iguales. Aun así, las educadoras y los educadores somos los profesionales que impulsamos los encuentros, los convocamos y los dirigimos, como mínimo, durante las primeras sesiones. Para revertir o regular ese rol de poder que se nos ha asignado, procuramos recuperar una idea popularizada por los neozapatistas surgidos en las montañas de Chiapas a principios de los años noventa: “mandar obedeciendo”. Esta expresión nos permite pensar en una estructura horizontal en la toma de decisiones que creemos que es importante aprovechar para nuestras prácticas educativas. Nos sirve para construir un tipo de relación educativa de carácter dialógico y democrático, donde el educador interviene a partir de los deseos, las capacidades y las demandas de las personas participantes. En la misma línea, los zapatistas dicen “preguntando caminamos”, un lema que nos sugiere un desplazamiento de las estructuras y los objetivos hacia una forma más experimental y flexible de organización.

“Venía nerviosa al grupo porque yo no sé escribir ni leer muy bien, pero luego veo que no pasa nada. Entré para conocer más gente, para estar más sociable. He sentido mucho apoyo. Me sentía decaída y esto me ha despertado, me sentía muy metida en casa. A mí en mi calle me llaman “la viejita que da consejos”, porque me gusta hablar con la gente, que me cuenten”.

Antonia, de Torre Baró

Para trazar este camino, dedicamos las primeras sesiones a conocer mejor a los miembros de los grupos mediante dinámicas grupales donde cada uno exponía sus intereses y deseos, pero también utilizando metodologías artísticas, como la del teatro del oprimido. Para llevar a cabo estos talleres disfrutamos del apoyo de Utopia Barcelona, una entidad de artes escénicas que cree en la potenciación de la capacidad creadora de las personas y en la necesidad de que la comunidad se apropie del arte y la cultura..

“Me gustó mucho también el primer día explicar lo que me gusta hacer y ver lo de los demás. Se vio que todos, con nuestras cosas, somos iguales, y que necesitamos compañía”.

Natalia, de Sants

“Me gustó el primer día la dinámica sobre nuestros intereses. Dar valor a lo que nos gusta, poner las cosas en común, al final ves que no somos tan diferentes”.

Sara, de Sants

Para muchas, es la primera vez que se exponen a expresarse a través del cuerpo y, aunque se desatan miedos e inseguridades, afirman que es liberador poder hacerlo. Estas técnicas teatrales, además, permiten cuestionar el modelo de sociedad, poner en marcha una reflexión sobre nuestra naturaleza interdependiente y constatar que solo podemos ser en relación. Es justo a través de la relación con el otro mediante la que se construye un aprendizaje que no está centrado en la técnica, sino que tiene que ver con nuestra forma de estar en el mundo y de relacionarnos, y que nos lleva a identificar aquello que nos oprime, pero también lo que deseamos, lo que querríamos cambiar.

Las actividades artísticas, como el teatro del oprimido, pero también otras disciplinas de las que nos hemos servido, como la cerámica, la percusión o la fotografía, permiten desactivar la mirada única y salir de la inercia para poder conectar con uno mismo y con los otros desde lugares más creativos, más libres. El utilitarismo que domina nuestro contexto socioeconómico actual se extiende por todas las áreas de nuestras vidas, y parece que nuestras acciones no tengan valor si no podemos responder con claridad para qué sirven. Salir de esta lógica para, sencillamente, compartir tiempo y presencia con los demás es transformador. A medida que eso va ocurriendo, las personas se expresan de una manera cada vez más confiada y se sienten escuchadas y reconocidas.

Además de las actividades artísticas dentro del grupo, también hemos organizado salidas a museos como el MNAC, el Museo de Historia de Barcelona, el Museo Etnológico, el MACBA, el Museo Marítimo, el Museo de las Ciencias Naturales... En estas visitas se generan conversaciones sobre la historia de la ciudad, que siempre está vinculada a una historia personal; se debaten puntos de vista sobre una misma obra de arte y, en definitiva, se amplía la mirada a través del diálogo del cruce de las maneras diversas de acercarse a la realidad

“No ho coneixia i em va semblar un descobriment arribar a les emocions a través del cos i de manera grupal. Vaig sentir que no estava sola”.

Nur, del Poblenou

1.3. Un refugio en el barrio

Desde el primer día, la gente expresa el alivio de tener un espacio donde sentirse acompañada de otras personas que afrontan dificultades similares. Los encuentros semanales se acaban configurando como un espacio recogido donde poder estar y conversar, donde aparcar por un rato las complicaciones y las obligaciones cotidianas y recuperar la capacidad de diálogo con los demás.

Prestar atención a los vínculos entre todas las personas que participan en el proyecto requiere tiempo y mucha presencia, y coordinar un espacio que se va haciendo a medida que avanza supone todo un reto. En principio, lo único que tienen en común las personas participantes es que son beneficiarias del IMV y que comparten un espacio territorial relativamente amplio: el del distrito. Eso hace que los grupos sean muy diversos en cuanto a edad, procedencia y trayectoria profesional y formativa. Esta diversidad, que de entrada podría interpretarse como un obstáculo, ha acabado siendo uno de los puntos fuertes del proyecto y uno de los aspectos que más valoran las personas que han participado:

“Siempre cuando hay gente se aprende algo. Otras culturas, otras maneras de hacer. con el Antonio, que es más mayor, con la Soumia que es de Marruecos aprendimos a hacer el cuscús...”

Juan, de La Verneda i la Pau

“Me ha encantado la diversidad del grupo, todos somos muy diferentes y estamos en nuestra propia burbuja cultural y no nos mezclamos. No hay otros sitios donde coincidas con mujeres árabes o latinas, por poner un ejemplo. Ver como todos luchamos por vivir, por nuestros deseos... me parece muy interesante poder vivir esta convivencia”.

Maria, de la Zona Franca

“Vivo en Barcelona hace 10 años y tengo amistades, pero la inserción de las personas que venimos de fuera normalmente se da con un tipo de personas muy concretas, personas que se parecen a nosotros. Por mi experiencia de vida los contactos que tengo son con un perfil concreto de persona. Entonces este soporte que da este grupo es una opción más que tienes para conocer gente diferente”.

Marta, de les Corts

“En el grupo he encontrado compañía, nuevas amistades, tesoros. Mucho esparcimiento. Compartir ideas es vital. Encontrar cosas en común con personas tan diferentes: edad, cultura...; encontrar ejemplos en los que inspirarse”.

Mireia, de la Prosperitat

Ha sido un lugar donde hablar, comentar cosas, compartir experiencias. No soy muy de hacer actividades.. Cambiar un poco la monotonía. Yo estoy cuidando de la iaia, de mi madre y pues era un momento que salía de casa, estaba bien, un momento para mí. Todo lo hago yo en mi casa y necesito momentos para hacer lo que me dé la gana. He conectado con esta parte mía; el grupo es un respiro”.

Mila, de la Pau

El tiempo que las personas que vienen a los grupos se dedican a sí mismas permite ir tejiendo la relación de la que hablábamos más arriba. Como educadoras, hemos tratado de propiciar este vínculo con cada participante, pero, sobre todo, hemos insistido en la relación entre ellas y hemos intentado ser una parte más del grupo. Así, se han ido generando unas dinámicas de cuidados que no solo pasan por nosotras: ya desde el principio, una participante acompañaba a otra a un sitio que no conocía, la llamaba si no había venido al grupo para asegurarse de que estaba bien, llevaba unas infusiones para a quien no le gustaba el café, compartía un recurso que podía ser útil por el grupo de WhatsApp, llevaba unas pastitas que había preparado... De manera espontánea, han ido surgiendo pequeños gestos de generosidad que en realidad eran enormes: una mano en el hombro de otra persona que se ha abierto a compartir una experiencia dolorosa, una mirada cómplice, una palabra reconfortante.

A fuerza de tiempo y confianza, las personas han ido encontrando el espacio para explicar y narrar pedacitos de su historia personal. A través de la complicidad que genera cocinar juntas, en el grupo de Torre Baró, formado íntegramente por mujeres, se entrelazan las historias personales de cada una y los relatos sobre los diferentes procesos migratorios con los consejos culinarios, los recuerdos de infancia y de las madres y las abuelas, las experiencias de maternidad, etcétera. Se generan conversaciones que no están exentas de discusiones y discrepancias. Es interesante pensar en los conflictos como en oportunidades para reflexionar sobre la diferencia y la comunicación y sobre los compromisos que asumimos como grupo. Compartir estos relatos es, a menudo, el punto de partida para cuestionar situaciones normalizadas que están cargadas de racismo y de violencia de género.

A menudo, la asistencia es irregular, debido a la gran cantidad de “incendios” que hay para apagar y a las situaciones, en ocasiones extremas, que muchas participantes viven; algunas no tienen hogar, a otras les han cortado la luz, otras tienen grandes deudas o bien han dejado de cobrar el IMV y no tienen ningún tipo de ingreso. A lo largo de estos meses de proyecto hemos conocido los casos de un gran número de personas que dejan de cobrar la prestación, a menudo sin ser notificadas y sin entender los motivos, ya que la comunicación con la Seguridad Social es casi imposible: la línea telefónica específica para consultas del IMV está saturada y por internet no hay citas.

La prestación del IMV nació en plena crisis económica por la COVID-19 para garantizar la cobertura de las necesidades básicas a personas en situación de vulnerabilidad extrema. Al ser una prestación desvinculada de las contribuciones hechas anteriormente, pueden acceder una gran cantidad de ciudadanos que no tienen ingresos derivados del trabajo. Sin embargo, a pesar de su pretendido carácter de universalidad, cobrarla implica un largo proceso burocrático para acreditar que se cumplen los criterios y, aunque las características de las personas cobradoras son diversas, en la mayoría de los casos la precariedad económica va vinculada a una gran dificultad de acceso a la información y a la gestión de los trámites, cosa que hace que este proceso sea una auténtica odisea.

Como el IMV se regulariza de manera anual a finales de año, en función de las rentas del año anterior, a menudo se reclaman importes que se han percibido indebidamente sin saberlo y que ya se han gastado. Por eso, muchas de las personas que participan en el proyecto tienen deudas desorbitadas con la Seguridad Social que no pueden afrontar. En la mayoría de los casos, los motivos por los que se ha dejado de cobrar o se debe dinero no se comprenden en absoluto, bien porque no se les han notificado, bien por la incomunicación y la dificultad de acceso que explicábamos más

arriba. Muchas veces, la razón administrativa que hay detrás de estas decisiones proviene de que alguna persona de la unidad de convivencia tiene el DNI caducado o que hay otra persona empadronada en el piso que no forma parte de la unidad de convivencia.

Cuando el procedimiento de la Seguridad Social es el correcto, sí se les envía una carta informativa pidiendo que se acrediten los cambios con un margen de diez días, pero entonces tardan cuatro meses en pagarlo de nuevo. Una vez resuelto, se paga con efectos retroactivos, pero, mientras tanto, ¿cómo se afronta el día a día? Todo eso hace que se acabe generando un gran miedo a perder la prestación que les permite sobrevivir, cosa que hace que, incluso, algunas personas hayan rechazado el plan de empleo porque prefieren asegurarse lo poco que cobran con el IMV que arriesgarse a perderlo por un trabajo que solo les durará seis meses.

Una de las prioridades del equipo de profesionales ha sido generar el espacio para compartir estas preocupaciones, y también poner sobre la mesa no solo las potencialidades, sino también las quejas que rodean las dificultades con las que se encuentran las personas y que evidencian que hay unas lógicas sistémicas que son injustas. Especialmente desde el equipo de atención social, se ha dado apoyo a las personas para hacer las reclamaciones pertinentes, con el objetivo de empoderarlas para que se vuelvan sujetos activos de las soluciones para los problemas que les afectan.



PARTE 2:

QUE EL REFUGIO NO SEA UN INVERNADERO

Mejorar el arraigo territorial

“La educación como práctica de la libertad, al contrario de la que se practica desde la dominación, implica la negación del hombre abstracto, aislado, solo, desvinculado del mundo, así como la negación del mundo como una realidad ausente de los hombres”.

Paulo Freire

El proceso de creación de vínculo entre las personas participantes siempre ha estado vinculado a lo más inmediato que comparten: el territorio. No solo cada barrio tiene su propia idiosincrasia, sino que cada persona tiene una visión y una experiencia singulares. Algunos de los primeros encuentros los dedicamos a poner en común los recursos y los espacios que las participantes conocen de su barrio, y aquellos que no, pero que les gustaría conocer. También es un lugar para compartir opiniones y hacernos preguntas sobre el territorio que habitamos: ¿qué nos gusta del barrio?, ¿qué no?, ¿podemos hacer algo para cambiarlo?

2.1. Habitar los “palacios del pueblo”

Todo eso también nos sirve a las profesionales para hacernos una idea de los lugares que son significativos para cada uno y también para problematizar las experiencias, pensar en los porqués de los diferentes grados de arraigo o pertenencia y replantear juntas la historia y las características de cada sitio. Hay quien ha vivido toda la vida en el mismo lugar, otros han llegado hace poco; hay quien da valor a los servicios, otros, a la proximidad con la familia. Poner en común todo eso hace que, para muchas, el territorio cobre unas dimensiones que antes no tenía.

Para explorar el territorio ha sido clave el papel de los servicios municipales y los equipamientos de proximidad y de las profesionales que trabajan en ellos, que nos han acogido durante este tiempo y que se han animado a ampliar con nosotras la perspectiva comunitaria en la manera de trabajar con la ciudadanía. Barcelona es una ciudad rica en aquello que el sociólogo estadounidense Eric Klinenberg denomina *infraestructura social*: bibliotecas, centros cívicos, casales de barrio, plazas públicas, unos servicios y espacios que nos ayudan a encontrarnos, a vincularnos y a construir puen-

tes entre personas diferentes. Son, como él decía, los “palacios del pueblo”, sin los cuales, en la era de la fragmentación y el individualismo creciente, “la gente se queda encerrada en casa, se separa de los vecinos y, en el peor de los casos, incluso se enajena y el proyecto colectivo, la idea del nosotros, empieza a hundirse”.

Algunas participantes del proyecto ya disfrutaban de estos espacios y han ejercido de anfitrionas para el resto del grupo. Para otros, esta ha sido la primera vez que entraban en un casal de barrio, un centro cívico, una biblioteca... Hasta ahora, no sentían que estos espacios fueran para ellas, no se habían atrevido a acercarse y a preguntar o, simplemente, ni siquiera los conocían. Todo eso nos hace constatar que el acompañamiento es clave a la hora de establecer vínculos entre estos espacios y las personas. Hay que tener en cuenta, también, que muchas de las personas con quienes trabajamos han vivido situaciones injustas o de profunda incompreensión por parte del sistema y están enfadadas o se sienten maltratadas por la Administración en general. Por eso, este acompañamiento debe ser humano: es difícil que la gente tome por ella misma la iniciativa de acercarse. El vínculo con los lugares depende, de entrada, de los vínculos humanos.

“Me ha gustado La Lleialtat Santsenca; no había entrado nunca, siempre pasaba por la calle... miraba los cristales, me llamaba la atención, pero no entraba porque no sabía lo que era”.

Natalia, de Sants

“He entrado en sitios del barrio que ni conocía, la Torre de la Sagrera y el Casal del Barri del Congrés”.

Martina, de la Sagrera

“No sabía que hay tantos recursos en mi barrio. Nunca antes había entrado en el centro cívico, en el casal... Solo iba a servicios sociales”.

Fátima, de Porta

Con muchos grupos también hemos visitado recursos públicos más especializados y que existen en varios barrios de la ciudad, como es el caso de Konsulta'm+22, un servicio que ofrece apoyo psicológico gratuito, o de VilaVeïna, un servicio donde informarse de recursos dirigidos a personas que tienen que cuidar de otras personas. También hemos visitado entidades sociales e iniciativas ciudadanas, como un proyecto de cocina comunitaria en el Mercado de Sant Antoni o el Rebot Solidari de Gràcia. Asimismo, hemos conocido espacios más alternativos y autogestionados, disfrutado de luchas vecinales, como Can Batlló o el Ateneu Popular 9 Barris, que nos han permitido reflexionar con los grupos sobre la importancia de la organización colectiva y la participación desde abajo. Estos solo son algunos ejemplos de los recursos, las entidades y las experiencias que hemos conocido en varios distritos de la ciudad.

En los espacios comunitarios no hemos estado nunca solas, sino que hemos ido conociendo a las personas que trabajan en ellos y a otros grupos que también participan. En este sentido, las profesionales hemos intentado estar despiertas ante lo que iba ocurriendo y hemos tratado de hacer actividades y encuentros también con los grupos de fuera del proyecto. Así, por ejemplo, con el grupo de Gràcia colaboramos con el adorno de la calle del Progrés; en la Sagrera participamos en el diagnóstico comunitario del barrio; en Torre Baró participamos en el concurso de tortillas del casal; en Horta salimos de paseo con el Centro Cívico Casa Grogà; y en la Trinitat Vella, con el grupo del Konsulta'm+22. El Grupo de Hombres participó en la comida popular con otros grupos con los que compartían espacio en la cooperativa Impulsem, y en varios barrios participamos en los iftares comunitarios organizados por la comunidad musulmana durante el Ramadán.

También ha habido momentos para la participación más reivindicativa: así, el 8 de marzo, con motivo del Día Internacional de la Mujer Trabajadora, el grupo de Vilapicina participó en una exposición de mujeres referentes y el grupo de la Trinitat Vella creó pancartas para colgarlas en el centro cívico. Además, un grupo de participantes del Poblenou y de Vilapicina participaron en la manifestación de la tarde con las educadoras. Para algunas, esta fue la primera vez que acudían a una movilización popular.

“Nunca había ido a la manifestación del día de la mujer y también fue algo que me gustó y me impactó, o sea estaba más al corriente de lo que pasa en Barcelona”.

Amanda, de Sant Martí de Provençals

2.2. Más allá del territorio

Los grupos han ido viviendo cambios y se han tenido que ir adaptando a lo que ocurría. En marzo muchas personas dejaron de venir a los encuentros porque entraron en los planes de empleo del proyecto y, más adelante, muchas se marcharon a hacer formaciones. Aunque era bonito celebrar juntas los éxitos de las compañeras, a veces eso creaba la sensación de que el grupo perdía fuerza y hacía que las personas que se quedaban en él cuestionaran su propia situación personal. Por eso, era de una importancia vital reconocer y acompañar el proceso de cada uno. No siempre ha sido fácil sostener estas transformaciones; hemos ido navegando por las circunstancias y, en algunos casos, nos hemos replanteado el criterio con el que se habían creado los grupos iniciales, cosa que nos ha llevado a agrupar a la gente en función de sus intereses, además de por proximidad territorial. De este modo, se han unido grupos de territorios diferentes, como Gràcia y Vilapicina, para profundizar en el teatro del oprimido; o de cuatro distritos diferentes, para profundizar en la expresión a través de la fotografía.

Aunque la apertura entre grupos del proyecto y la unión de las personas en función de sus intereses podía debilitar la voluntad de seguir generando tejido en el territorio, también hacía crecer en las personas participantes un sentimiento de pertenencia que se extendía a toda la ciudad. La visita a la Sagrada Família (la salida que las participantes más destacan) es un ejemplo paradigmático: un lugar que ha estado allí todo el tiempo que han vivido en Barcelona, pero que muchas nunca habían tenido la oportunidad de visitar por dentro. El acceso al patrimonio cultural, que es de todas, también es clave para el objetivo de hacer que las participantes se sientan parte activa de la ciudad, que es una de las líneas implícitas del proyecto. Iniciativas como la de Apropa Cultura, una red de programadores culturales que se unen para facilitar el acceso a la cultura a las personas en situación de vulnerabilidad de la mano de las entidades sociales, lo han hecho posible.

Siguiendo en la línea de los grupos más allá del territorio, también destacamos la creación de un grupo exclusivamente de hombres, al que se ha acompañado desde abril hasta julio. Desde las primeras sesiones, nos sorprendió la numerosa participación de hombres en los grupos, ya que las iniciativas de participación comunitaria suelen estar integradas casi exclusivamente por mujeres y, en el caso de nuestros grupos, aunque la participación femenina seguía siendo claramente la mayoritaria, el porcentaje de participantes hombres y su constancia en la asistencia nos pareció un hecho destacable.

La división sexual del trabajo, de la vida y del saber en las sociedades patriarcales asigna a los hombres un rol dominante en la esfera productiva: la misión de liderar la familia y de obtener ingresos materiales para esta y para la comunidad. En cambio, el rol asignado a las mujeres queda reservado a la esfera reproductiva: el cuidado de la familia, del hogar y de la comunidad, y se cargan sobre ellas todas las tareas relacionadas con la atención a los demás y la garantía de las necesidades no materiales. La poca participación de los hombres en las propuestas comunitarias responde, en parte, a esta división, y revertir esta dinámica es uno de los retos de proyectos como el nuestro. Sea como sea, el hecho de que hubiera un número importante de hombres participando en los grupos del proyecto "Amunt!" nos abría una serie de posibilidades que creíamos que valía la pena explorar.

A partir de estas reflexiones y con la pregunta "¿por qué pensáis que las mujeres participan más que los hombres en los proyectos comunitarios?", convocamos a los hombres del proyecto a un primer encuentro en la sede de la cooperativa Impulsem, en el barrio del Raval. De este primer encuentro surgió la propuesta de colaborar con La Traginera, la Comunalitat de Ciutat Vella, con un taller de carpintería que duró dos meses y en el que montamos unos muebles que después pasaron a formar parte del catálogo del Banco de Recursos Mancomunados del mismo territorio. Una vez acabado el taller, que sirvió para cohesionar al grupo, continuamos con otros encuentros grupales y varias actividades, como *aquagym* o un taller de serigrafía donde estampamos unas camisetas con el logo del grupo.

“Venir al grupo me ha gustado porque así no he estado solo todo el día. Además hemos hecho cosas para otras personas. Muchas gracias de verdad”.

Nikola, del Grup d'Homes

“El primer grupo al que fui (la Sagrera) no me gustó tanto, solo había mujeres; no me motivó estar allí hablando, todos contando sus problemas. Después sí participé en el Grupo de Hombres. Me gusta más hacer cosas, hacer algo, que sentarme a hablar”.

Eugenio, del Grup d'Homes

Aunque cada grupo ha tenido su evolución particular y sus propias transformaciones, la ampliación de la red ha sido constante, y eso ha ido cambiando la forma de entender los equipamientos donde nos encontrábamos. Cada vez más se han ido percibiendo no como lugares donde vamos a consumir actividades, sino como equipamientos que son de todas nosotras y donde podemos participar. Se ha favorecido que cada persona pudiera ir encontrando sus propios intereses más allá del grupo y se pudiera vincular a las actividades del territorio de acuerdo con sus intereses individuales y, de hecho, hay muchas participantes que se han vinculado a voluntariados y a entidades diversas.

Por poner algunos ejemplos, podríamos hablar de participantes que se han vinculado a equipamientos como los casales de barrio del Pou de la Figuera o del Congrès i els Indians, el MACBA, el Centro de Vida Comunitaria o la Biblioteca de las Cosas del Poblenou. También muchas participantes se han sumado a los grupos de la Xarxa de Dones Cosidores en varios puntos de la ciudad, como Nou Barris, Horta o Sant Andreu. Asimismo, algunas participantes de Sants han empezado a participar en la escuela comunitaria La Troca, y otras de Vilapicina lo han hecho con el grupo Unit del centro de servicios sociales del barrio. Estos son solo algunos de los ejemplos: sería imposible citar aquí cada puerta que hemos abierto, cada vínculo que hemos tejido y cada semilla que hemos plantado, cuyos frutos se descubrirán solamente con el paso del tiempo. Lo que sí hemos evidenciado es que el conocimiento del territorio es inabarcable y que no se trata de un lugar con unas características fijas, sino que es permeable y cambia a medida que lo habitamos, y que cada sujeto tiene capacidad para transformarlo



PARTE 3:

SEMBRAR ESPERANZA

Mejorar la capacidad de autoorganización

Somos la semilla que crece bajo las estrellas,
la tierra húmeda, las raíces,
el viento, la lluvia y la memoria que perdura.
Somos la gente que no se rinde,
frágiles, humildes, supervivientes,
toda una vida a la deriva,
con la esperanza entre los dientes.

X. Sarrià

A lo largo del proyecto, se ha acompañado a las personas participantes para que descubrieran otro rol y se les ha considerado sujetos activos capaces de organizarse con otros desde un lugar horizontal. Poco a poco han ido viendo que lo que ocurría en los grupos, semana tras semana, dependía de todas nosotras, y por eso se ha pasado de un “voy al grupo para que me digan qué tengo que hacer” a “voy al grupo a participar y a proponer; a construir y a crear entre todas”.

Con la intención de mejorar la capacidad de autoorganización de las personas participantes, hemos promovido pequeñas acciones con un cierto impacto en la propia comunidad. Por ejemplo, en el caso de Sant Andreu, hemos colaborado con el huertecito del centro cívico construyendo unos tiestos de madera y plantando unas plantas; en los grupos del Poblenou y de la Pau se ha grabado un pódcast; en el Grupo de Hombres se han construido unos muebles para donarlos a un banco de recursos; el grupo de Vilapicina organizó un taller de lectura en voz alta, etcétera. Son pequeñas acciones que requieren un diseño, una planificación, un reparto de tareas y roles; en definitiva, una organización colectiva.

En esta línea, a lo largo de estos meses ha habido varias comisiones formadas en igualdad de condiciones por profesionales y participantes del proyecto para llevar a cabo determinadas actividades. Por poner dos ejemplos, se organizó la Fiesta de Primavera del proyecto, un evento que tuvo lugar en la Casa de l’Aigua de la Trinitat Nova el 9 de junio y que requería una organización compleja para sacar adelante la dinamización de los espacios (pintacaras, taller de baile, taller de pintura, espacio de reflexión), el encargo de los materiales necesarios (carpas, mesas, pinturas), el diseño de las invitaciones, la difusión, etcétera. Otra experiencia para la que se necesitó una planificación conjunta entre participantes y profesionales fue la explicación del proyecto a estudiantes del Máster de Psicopedagogía de la Universidad de Barcelona, en el marco de una asignatura de educación para

personas adultas, invitados por Cèlia, directora del Centro Cívico Torre Llobeta, donde nos encontramos con el grupo de Vilapicina.

Finalmente, se ha organizado, en colaboración con el IGOP (Instituto de Gobierno y Políticas Públicas), una formación en liderazgos en que han participado quince personas. A lo largo de dos fines de semana, las personas han convivido casi 24 horas y han trabajado en la organización colectiva y el crecimiento de los miembros dentro del grupo a través de una metodología de aprendizaje vivencial. Además, se han visitado proyectos de lucha y organización colectiva como la PAH o Can Masdeu, que han sido inspiración de cómo con la fuerza de todas se construyen alternativas.

El camino de la acción comunitaria se cocina a fuego lento y por eso nos ha faltado tiempo para poder dar continuidad a los proyectos y hacer todas las conexiones necesarias en el territorio para que lo que se ha generado no se pierda y tenga relación con lo que ya ocurría antes de que nosotras llegáramos. También es complicado, ante unas circunstancias repletas de inseguridad y precariedad de las personas con las que hemos trabajado, hacer posible la autogestión de los grupos. Aun así, y como ya apuntábamos al comienzo, este no es un relato de progreso y no creemos que el éxito del aprendizaje se pueda valorar en términos de acciones conseguidas.

Podríamos decir que muchas participantes han vivido una experiencia de participación significativa y han encontrado en los grupos un espacio de refugio, de confianza, de referencia, donde sentirse parte de una pequeña comunidad con la que se han comprometido en menor o mayor medida, y que se ha tejido un respeto hacia el espacio y el resto de las compañeras. Pensamos que la autoorganización también depende de la conciencia de los derechos propios y de la importancia de reclamarlos colectivamente, un aspecto en el que también hemos insistido a lo largo del proyecto.

“Considero muy oportuno el hacernos conscientes desde el primer momento de nuestra interdependencia dentro del equipo para que cada uno haga en todo momento su aportación en beneficio del grupo y en el suyo propio (lo que es bueno para la Colmena es bueno para la abeja)”.

Pedro, de Poblenou

“Es importante conocer mis derechos. Yo sé que si denegan algo, yo puedo reclamar. Ahora sé que puedo ir a sitios para pedir más cosas. Habilidad de reclamar e ir a por lo que tú quieres, no tener miedo. Ha sido un gran crecimiento personal”.

Felicity, de Ciutat Meridiana

“Juntas somos más fuertes. Podemos hablar el mismo idioma, nos ha servido mucho como grupo de ayuda mutua. Uno conoce un recurso y lo comparte; el otro siente la necesidad de expresar cómo se siente y todo el mundo lo escucha, y así vamos haciendo”.

Maria, de Sants

La conciencia de los derechos propios va estrechamente vinculada al acceso a la información, que a menudo se ve muy dificultada por la brecha digital. Y, en este sentido, es clave tener un espacio de encuentro donde compartir, cara a cara, las informaciones que afectan a todas estas personas y donde empoderarse: si todas tenemos el mismo problema, quizás el problema no lo tenemos nosotras, sino el sistema

Al acabar el proyecto, las participantes explican que están llevando a cabo, voluntariamente, la labor de explicar a otras personas de su entorno próximo los recursos que han ido conociendo, y que informan sobre becas, prestaciones, actividades que se pueden hacer en los equipamientos... En definitiva, que de algún modo se han convertido, también ellas, en agentes comunitarias.

“El proyecto es como piedra en el agua y las ondas y círculos. Se va expandiendo. Tiene influencia para toda la gente”.

Olha, de Vilapicina

“He salido, y ahora con la acción comunitaria que hice en el centro cívico, estoy que parezco un radar, en mi barrio. Me fijo en las personas mayores que viven, si están solas... Esas cosas”.

Loli, de Vilapicina

MÁS ALLÁ DEL PROYECTO:

ALGUNAS REFLEXIONES

Son muchas las reflexiones y las preguntas que se abren al terminar este proyecto y creemos que es necesario, al menos, empezarlas para poder seguir pensando en la acción comunitaria de proyectos futuros.

El proyecto “Amunt!” planteaba, de inicio, una atención integral de las participantes con un único canal de entrada en todos los itinerarios, que no siempre se ha dado y que ha comportado la confusión de muchas participantes, que recibían propuestas e instrucciones por parte de muchas profesionales diferentes al mismo tiempo. A nuestro entender, eso hubiera podido funcionar mejor con una mejor coordinación inicial por parte de todas las implicadas en el proyecto desde el inicio. Por otra parte, los tempos de los procedimientos administrativos relativos a la concesión de contratos también han jugado en nuestra contra, hecho que ha supuesto que casi en las tres primeras partes del proyecto no tuviéramos los recursos económicos necesarios.

“Los tiempos no siempre se adaptan a los ritmos de la vida. Cierta presión por cumplir y no por la calidad del hacer. Demasiadas convocatorias, muy ambicioso todo en medio año. Se me solapaban las cosas”.

Sara, de Sants

Por otra parte, en algunas ocasiones nos ha dado la sensación de que, dentro del proyecto, la acción comunitaria no se ha entendido como una parte importante. Entendemos que los problemas de las personas con las que trabajamos están afectados por cuestiones económicas y materiales y que parte de la solución exige necesariamente un abordaje laboral y formativo. Sin embargo, creemos firmemente que la conjugación de una intervención integral que hubiera incluido el acompañamiento comunitario no como un complemento, sino como un eje vertebrador del proyecto, habría obtenido mejores resultados. En la práctica, en ocasiones hemos ocupado un segundo plano y hemos tenido la sensación de que para algunos profesionales (y, por lo tanto, también para algunos participantes) hemos sido el “mientras”, aquello que se hacía mientras empezaba lo que debería considerarse importante: los planes de empleo o las acciones formativas.

Pensamos que, de cara a experiencias futuras, habría que corregir algunos elementos. El primero tiene que ver con los tiempos de ejecución: no es posible desplegar tantas acciones y tan diversas en tan pocos meses. La gente no siempre ha podido recibir una atención integral social, laboral, formativa y comunitaria, sino que a menudo ha tenido que escoger en cuál de estas ramas quería participar. Eso también ha generado sensaciones de indecisión o de frustración entre algunas personas que no sabían si estaban tomando la decisión correcta entre todas las opciones que tenían para escoger y otras que tenían que descartar. El segundo elemento que entendemos que hay que corregir es el de la coordinación. En el proyecto “Amunt!” han participado varios equipos y, aunque ha habido coordinación entre profesionales, especialmente entre algunas ramas, ha faltado una coordinación general del proyecto y un contacto fluido entre los profesionales que intervenían con

las mismas personas. No es normal que un mismo día, a la misma hora, una persona tenga tres convocatorias del mismo proyecto. Una propuesta de mejora sería, por ejemplo, que no hubiera equipos especializados diferentes trabajando por separado, sino crear un único equipo interdisciplinario (social, laboral, formativo y comunitario) que compartiera un mismo espacio. Para mejorar la operatividad, podría haber un equipo interdisciplinario en cada distrito.

Más allá de estas propuestas de mejora, valoramos otros aspectos de una manera muy positiva: en primer lugar, los encuentros en espacios informales, donde las relaciones que se establecen con las participantes del proyecto son mucho menos formales y dan pie a una proximidad que no se encuentra en otros centros de atención a las personas, como pueden ser los servicios sociales. Encontrarse en estos espacios puede tener un efecto desestigmatizador; se iguala a todas las personas que se encuentran, tanto si tienen necesidades económicas o problemas concretos como si no.

La elección de estos espacios, sumada a la voluntariedad de la propuesta, está estrechamente vinculada a una nueva perspectiva en la manera de trabajar con las personas que pretende ser más próxima, de ciudadana a ciudadana, para facilitar el vínculo y, en consecuencia, el trabajo educativo.

“Es muy bueno que no haya sido obligatorio, porque eso hubiera cambiado todo. Lo importante en las relaciones es que no sean forzadas, que nazcan de la voluntad. No te puedes insertar obligatoriamente en un grupo. Yo he venido cuando lo he necesitado y lo he disfrutado, pero agradezco no haber estado obligada. A la hora de socializar tenemos diferentes necesidades”.

Marta, de les Corts

“Me sentí con mucha red, cercanía. Sentir que no soy un número, soy una persona. Lo mejor las relaciones interpersonales que logras, conocer gente. Leti, Núria, Andrés, Eli, todos muy cercanos”.

Sara, de Sants

Otro aspecto positivo que hay que destacar de los espacios comunitarios es que pueden ayudar a romper barreras y a cambiar la mirada sobre el propio barrio y sobre el vecindario, y pueden ayudar a romper prejuicios porque son lugares donde nos encontramos personas de orígenes, culturas y religiones diferentes e intentamos que todo el mundo participemos en igualdad de condiciones. En general, poner en común las reflexiones sobre el lugar donde vivimos abre la puerta a pensar en la ciudad como un sitio donde se despliega nuestra vida: donde crecemos, donde aprendemos, donde nos relacionamos, donde amamos.

Eso, inevitablemente, nos ofrece la posibilidad de plantearnos de qué manera queremos que sean las condiciones en las que eso ocurre; de imaginar alternativas más justas ante los discursos apocalípticos que claman que no hay futuro, y alimentar la esperanza, una esperanza que no solo consiste en propiciar los espacios de encuentro, celebrar los cuidados y hacer bandera de ellos, sino en reclamar medidas de conciliación reales, para poner de manifiesto la dureza del mercado laboral, el racismo institucional, la vulnerabilidad de las personas migradas, y en reclamar la urgencia de poner al alcance de las personas los recursos necesarios para revertir la situación.

Formar parte de este proyecto también nos ha llevado a reflexionar sobre nuestro papel como profesionales y sobre el lugar donde deberíamos colocarnos para poder facilitar el diálogo necesario y que haya aprendizaje.

Como dice Marina Garcés, confiamos, sobre todo, en la fuerza transformadora del aprendizaje, en que, cuando se viven y comparten determinadas experiencias, su rastro y sus consecuencias sobre nosotros son irreversibles, y que aprender “no es reconocerse en una identidad ya establecida, sino transformarnos juntos a través de la experiencia compartida”. Por eso nos hemos puesto en juego: hemos tocado a la otra persona y nos hemos dejado tocar. También nosotras hemos dejado en los grupos a una parte de nosotras mismas, de nuestra historia personal, de nuestro ser y nuestro estar, y por eso también nosotras nos hemos transformado.

En demasiadas ocasiones a lo largo de la historia, lo que ha hecho la educación ha sido imponer una escala de valores, una concepción del mundo a personas que tenían otras. Por eso, nos parece esencial buscar faros que nos guíen en nuestra práctica educativa, como lo hacen las palabras de Paulo Freire: “Lo más importante es saber escuchar y respetar lo que se escucha. Saber ver y respetar lo que se ve. La única manera de educar es aprender; el que de verdad enseña es aquel que aprende. Se educa aprendiendo”.



Ajuntament
de Barcelona



PROJECTE
amunt!

Avancem amb tu
cap a noves
oportunitats



Financiado por
la Unión Europea
NextGenerationEU



GOBIERNO
DE ESPAÑA



Plan de Recuperación,
Transformación y Resiliencia